

San Alfonso María de Liguorio

La Perseverancia en la Oración

I. La voluntad de Dios.

—Sobre todo, hay que rogar con perseverancia hasta la muerte, sin cesar nunca de rogar; esto significan aquellas palabras de las Escrituras que dicen : *Es menester siempre orar y no desfallecer. Velad en todo tiempo orando. Orad sin cesar.* Y el Eclesiástico nos advierte: *Ndda te importa cumplir a tiempo el voto.* Todo lo cual quiere decir que no sólo debemos rezar, sino que habemos de quitar las ocasiones que nos impidieren rezar, pues si dejáramos la oración quedaríamos privados del auxilio divino y nos vencerían las tentaciones.

II. La misma gracia que se desea alcanzar: la perseverancia final, cadena de gracias que exige otra cadena de oraciones.

—La perseverancia en la gracia de Dios es don completamente gratuito, que no podemos merecer por nosotros mismos, como declaró el concilio de Trento, pero que, según San Agustín, puede merecerse con la plegaria, es decir, rogando. San Roberto Belarmino añade que la gracia de la perseverancia hay que pedirla todos los días para obtenerla todos los días, no sea que haya un día que dejemos de pedirla y ese día caigamos en pecado.

Si queremos, pues, perseverar y, en consecuencia, salvarnos, porque sin la perseverancia nadie se salva, es preciso que recemos siempre. Nuestra perseverancia hasta la muerte depende no tan sólo de un solo socorro, sino de miles de socorros que en toda nuestra vida esperamos alcanzar de Dios para conservarnos en su gracia; a esta cadena de socorros divinos es preciso que corresponda otra cadena de oraciones, sin la cual el Señor de ordinario no dispensa sus gracias; si se rompe la cadena de oraciones, se romperá también la cadena de gracias, y sin el auxilio divino perderemos la perseverancia. Jesucristo dijo a sus discípulos, como refiere San Lucas: *¿Quién habrá de vosotros que tenga un amigo, y le viene éste a medianoche y le dice: «Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío llegó de viaje a mi casa y no tengo que presentarle», y él, desde dentro respondiendo, dice: «No me des fastidio; ya la puerta se ha cerrado, y mis muchachos, lo mismo que yo, están en cama; no puedo levantarme para dártelos»...? Os digo que, si no se levanta y se los da por ser su amigo, a lo menos por su descaro se levantará y le dará cuantos necesite».* Pues bien, si ese tal daría al amigo, aun cuando fuera por su importunidad, los panes, ¿cuánto más, pregunta San Agustín, dará Dios, ya que en su bondad nos exhorta a rogarle y se queja de quienes no le piden?

III. La misma naturaleza de Dios: desea las importunidades de la oración. pruebas.

—Los hombres se molestan de que se les importune pidiéndoles lo que sea. Dios, en cambio, nos exhorta a que le pidamos y volvamos a pedirle, y no sólo no se molesta, sino que le agrada verse importunado con nuestras súplicas: «El Señor, -dice Cornelio Alápide,- quiere que en la oración llevemos la perseverancia hasta la importunidad» Y ya antes lo dijo San Jerónimo: «Esta importunidad es muy oportuna a los ojos del Señor». Esto significan aquellas repetidas palabras que añade San Lucas: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad a golpes, y se os abrirá*. Bastara con haber dicho: *Pedid*; pero no, que añadió: *buscad y llamad a golpes*, para darnos a entender que durante toda nuestra vida hemos de portarnos en la petición de las gracias como hacen los pobres, que llegan a la importunidad en la petición de la limosna; y así, aun cuando se les despacha, no dejan de pedir.

IV. Peroración:

1.º Recemos siempre.—Para alcanzar de Dios la santa perseverancia, hemos de ser siempre importunos en pedírsela, al levantarnos, en la meditación, durante la misa, en la visita al Santísimo Sacramento, cuando nos vayamos a acostar y, en especial, cuando seamos tentados por el demonio a cometer cualquier pecado; de modo que siempre ha de estar a flor de labios la oración diciendo «Ayudadme, Señor; iluminadme, dadme fuerzas, tenedme en vuestras manos y no me abandonéis».

2.º Hagamos violencia al cielo.—Hay que hacer violencia a Dios. Esta violencia le es muy grata, dice Tertuliano, pues, lejos de cansarle, le agrada y la agradece. San Juan Clímaco añade: «Las oraciones hacen piadosa violencia a Dios y le fuerzan con gran contento suyo a otorgarnos las gracias que le pedimos».

3.º Recurramos a María.—Mucho le agrada al Señor que honremos a su divina Madre, por lo que, como dice San Bernardo, quiere que todas las gracias que recibamos pasen por sus manos; por lo que nos aconseja el santo: «Busquemos la gracia, y busquémosla por María». Cuando acudimos a María Santísima en demanda de alguna gracia, nos escucha favorablemente y ruega por nosotros, y las oraciones de María son siempre atendidas.